

la ciudad gran parte de la población católica, habiendo crecido considerablemente la revolucionaria. Además el temor y las persecuciones habrán retraído á los menos animosos de asociarse á la manifestación antipiamontesa. Dígase, pues, que Roma no ama al Papa y que está contenta con el nuevo orden de cosas establecido. Pio IX aceptó los sentimientos de sus amados súbditos, y les dijo: «Estoy cansado de sus iniquidades, pero no estoy dispuesto á rendir las armas.» De este modo habla un prisionero octogenario, rodeado de enemigos, oprimido por tiranos sacrílegos; un rey á quien han arrebatado su cetro y su libertad.

Aun podemos añadir más. Los habitantes del populoso barrio del Trastevere, que tantos beneficios han recibido de Pio IX, no los han olvidado. En nombre de todos se ha presentado una comisión en el Vaticano para regalar al Santo Padre una estola bordada en oro y enriquecida de perlas. Son notables las palabras dirigidas por el Papa á la comisión:

«Acepto, les dijo, vuestro testimonio de gratitud en memoria de lo que he podido hacer por el Trastevere, ya en lo concerniente á la comodidad de los talleres, ya para la instrucción pública ó el esplendor de los Santos Lugares. Recibo esta estola que es el símbolo del consuelo, y por cierto que se necesita en este momento en medio de tantas vicisitudes y amarguras. En otro tiempo todos admiraban este consuelo en la ciudad de Roma, y más de una vez me han dicho algunos extranjeros que al entrar por la puerta del Popolo ó por la de San Juan, ó llegando por el ferrocarril, les parecía que se encontraban en su propio país. Desgraciadamente no se puede decir ya esto en el día. Dios nos castiga por nuestros pecados, por los del clero, ó por los del pueblo; pero no es esto un motivo para perder la confianza. La alegría renacerá probablemente, y entonces cada cual volverá á sus tareas. Imploremos esa alegría con la oración y la práctica de las virtudes cristianas. Para esto recomiendo á los padres la educación cristiana de sus hijos, y á los hijos la obediencia á sus padres.»

No creemos sea necesario añadir ninguna nueva prueba en confirmación de la verdad que hemos defendido. Retírense de Roma los usurpadores, déjese solo al Papa con los romanos, y en seguida volverán á resonar por las calles de la capital las más entusiastas aclamaciones en favor del augusto y venerable Pio IX. Roma no podrá ser nunca más que la capital del mundo cristiano.

Y ya que de los transteverinos nos hemos ocupado, daremos cuenta de otro hecho acaecido muy á los principios del pontificado de Pio IX.

Un día corrió por Roma la falsa noticia de que el Papa se hallaba enfermo. Esta nueva causó en todos los barrios de Roma una verdadera alarma. Todos los hombres de todas las clases se preguntaban unos á otros, sin que pudiesen averiguar qué había de verdad en aquel rumor. Toda la población quería ir al Quirinal para asegurarse del estado de Su Santidad. Pero una visita tan numerosa era muy molesta para un enfermo. En su consecuencia, cuatro transteverinos se acercaron al Quirinal y manifestaron el deseo de ver al Papa.

No era día de audiencia. Pio IX estaba ocupado en el gabinete de estudio, y se negó á recibirles. Esto excitó más y más el deseo de los comisionados.

—Es una prueba cierta de que el Papa está enfermo, dijeron. El mal debe ser grave.

No pudiendo resistir á sus deseos, empezaron á dar grandes voces.

—Queremos ver al Papa, añaden, somos diputados de Trastevere. Está enfermo y se nos oculta. Decid á Su Santidad que esperamos.

Enterado el Papa de lo que pasaba, dió orden de que inmediatamente fuesen conducidos á su presencia.

—Bien, hijos míos, les dijo, ¿qué queréis? ¿Cuál es vuestro deseo?

—Nada, Santo Padre; nosotros queríamos únicamente veros. Había corrido por el Trastevere la noticia de que os hallábais enfermo, y hemos querido asegurarnos de la verdad.

El Papa los tranquilizó, y dándoles las gracias por el interés que manifestaban por su salud, añadió:

—Decid por todas partes que, á Dios gracias, me encuentro bien, que me habeis visto trabajando.

Después les dió su bendición.

—Santísimo Padre, dijeron los comisionados al tiempo de retirarse; ya sabeis que si teneis necesidad de nosotros, estamos prontos á servirlos. (*Siamo noi*).

Pio IX ha encontrado siempre sus mayores delicias en visitar los hospicios y los hospitales. La bondad de su corazón, su espíritu de caridad y de misericordia le conduce allí donde hay lágrimas que enjugar, necesidades que socorrer, aficciones que remediar. Pio IX en el trono pontificio es el mismo que en *Tata Giovanni* y en el hospicio de San Miguel vimos siendo el padre de los huérfanos y el consuelo de los pobres.

Hay en Roma, entre sus numerosas casas de caridad, un hospicio llamado de la Trinidad, que tiene gran extensión y donde son recogidos y alimentados los peregrinos pobres que llegan á Roma, sea cualquiera el país de donde proceden.

Pio IX repetía con la mayor frecuencia sus visitas á la Trinidad de los peregrinos. Un día, apenas había entrado, supo que un peregrino procedente del interior de la Prusia había llegado por la mañana, y que extenuado de cansancio y de fatiga no había podido cumplir por sí mismo la primera ceremonia de la hospitalidad, cual es el lavatorio de los pies.

—Este honor es para mí, dijo Pio IX, y en seguida mandó que anunciase al peregrino que el Papa deseaba verle. En el momento se presentó. En su rostro se advertían las señales de la dicha y del temor; no se atrevía á creer lo que veían sus ojos.

El Papa se apercibió de su emoción y le habló con la mayor bondad; después, mandándole sentar, se arrodilló delante de él. El peregrino todo turbado preguntó al Papa qué iba á hacer. Por el pronto, al verle rodeado de los cardenales y en aquella humilde posición, no supo comprender el misterio, pero luego pudo descubrirlo. Aquel peregrino, que era sacerdote y se llamaba Teodoro Lanvansen, quiso sustraerse de aquel honor, exclamando á la manera que san Pedro en la noche de la cena al Salvador postrado en su presencia para lavarle los pies:

—Señor, ¿Vos me lavais los pies?

Pero el Papa, emprendiendo su obra de humildad,

—Permaneced quieto, hijo mío, le dijo tan solamente, y no se levantó hasta después de haber lavado los pies al pobre peregrino, de enjugárselos con sus manos y besárselos como el Soberano Maestro hizo con los Apóstoles.

No es un hecho aislado el que acabamos de narrar. No es posible entrar en ninguno de los establecimientos benéficos de Roma sin oír referir anécdotas semejantes.

Un día que Pio visitaba el hospital del Espíritu Santo, al entrar en la sala de los paralíticos, vió que una mujer anciana hacia los mayores esfuerzos para levantarse y rendir homenaje al Soberano Pontífice que la habia protegido para que fuese admitida en el hospital. El Santo Padre se dirigió á ella, la bendijo, diciéndole al mismo tiempo que le daba su mano á besar: «No os intranquileis, mi buena madre.» La enferma, mas animosa que la mujer del Evangelio que consiguió tocar la orla de la vestidura de Jesús, llena de fe se arrojó del lecho y anduvo como en los días de su juventud. No calificaremos el hecho que acabamos de referir. Sabemos que la fe ha hecho siempre milagros, y la paralítica del hospital del Espíritu Santo debió tenerla en tanto grado como la mujer del Evangelio, de la que hemos hecho mencion, que al ver al Salvador se abria paso por en medio de la multitud diciendo: «Si pudiere tan solo tocar la orla de su vestido seré salva.» Ello es que la paralítica, con admiracion de cuantos se hallaban presentes, quedó instantáneamente curada de la enfermedad que la atormentaba. Vió en Pio IX al representante sobre la tierra del Salvador del mundo, y su fe le hizo creer que con solo arrojarse á sus piés conseguiria la salud: de aquí sus esfuerzos por arrojarse del lecho. JESUCRISTO recibió como hecho á sí mismo el homenaje tributado á su Vicario en la tierra, y premió con largueza tanta fe.

Debemos hacer ver ahora con cuánta magnanimidad Pio IX ha tratado siempre á sus enemigos personales, perdonando todas las injurias que le han sido inferidas.

Un día la policía arrestó á un hombre que clandestinamente distribuia ejemplares de un folleto satírico titulado: *Historia de Pio IX, papa intruso, enemigo de la Religion.*

Este arresto fue puesto en conocimiento del Santo Padre. Pio IX manifestó deseos de ver al culpable, é hizo que le condujeran á su presencia. Empezó por presentarle algunas cuestiones insignificantes; mas como se apercebiese que el reo se intimidaba al pensamiento del severo castigo que le esperaba, le dijo con la mayor bondad: «No temáis, amigo mio, ... como la ofensa ha sido á mí solo, yo os perdono.»

Á vista de un perdon tan fácil como paternal, el culpable, vertiendo lágrimas, se arrojó á los piés del Padre Santo, y le ofreció revelar el nombre de los autores del folleto; pero Pio IX, haciéndole señal de que callase, le dijo: «Nada quiero saber; que su falta quede en olvido, ¡que el arrepentimiento penetre en sus corazones!»

Esta misma generosidad desplegó Pio IX con algunos de sus súbditos que, habiendo recibido el beneficio de la amnistía, fueron tan obcecados, que siguieron haciendo la guerra al pontificado. Uno de ellos fue el conde Mamiani, que, á pesar de haber sido desterrado de Roma, obtuvo permiso de pasar en ella una temporada. Pio IX no opuso el menor reparo en admitirle á su presencia.

—Y bien, hijo mio, le dijo con aire bondadoso, ¿quereis manteneros rebelde á pesar mio y vuestro?...

—Padre Santo, repuso el Conde, os soy afecto de todo corazón; os amo, os venero y admiro; pero mi adhesion seria á mis ojos mas que una promesa de no turbar el órden; permitidme esperar los acontecimientos antes de hacéroslo.

—Que Dios os ilumine, dijo el Papa; cuando os conduzca á mí, hallaréis abiertos los brazos de vuestro soberano.

El conde Mamiani iba y salia de Roma sin ser vigilado, sin exigírsele el menor requisito, y cual si hubiese ya prestado sumision completa. ¿Por qué no correspondió mejor á la generosidad del Padre Santo? ¿Por qué abusó mas tarde de la confianza que le demostró dejándole en libertad (1)?...

Al terminar el año 1846, en el que tuvo lugar el hecho que acabamos de citar, algunas personas abrieron en Roma una suscripción á favor de los amnistiados que á la salida de su prision carecian de todo medio de subsistencia. Formaron con este objeto una comision que recogió numerosas sumas.

Esta novedad llegó á los oídos del Santo Padre, al que advirtieron al mismo tiempo que el objeto secreto de esta reunion habia sido todo político, y que en la lista de suscripción figuraban muchos nombres de personas que le eran contrarias.

Pio IX sin alterarse pidió que le fuese presentada la lista, y sin examinar los nombres se inscribió á continuacion de los otros por la cantidad de cien escudos.

Si los hechos que acaban de leerse demuestran toda la bondad del corazón del augusto Pontífice, el siguiente, del que dieron cuenta todos los periódicos católicos, es por sí solo suficiente para dar á conocer la grandeza de su alma.

En una visita hecha al hospital del Espíritu Santo *in Sessia*, Pio IX se aproximó al lecho de uno de los pacientes para dirigirle palabras de consuelo. Al mismo tiempo otro de los enfermos extendió sus brazos, y le suplicó fué en su socorro y le oyese en confesion. El augusto Pontífice accedió á los deseos del pobre enfermo; y ordenando á las personas que le acompañaban el retirarse, hizo el oficio de confesor con aquella humilde pero confiada oveja. Aquel penitente que solicitó tal favor del Santo Padre habia adquirido una triste celebridad entre los revoltosos. Pio IX lo sabia bien, pero vió su arrepentimiento y estrechó entre sus brazos á este hijo pródigo.

Los hechos que acabamos de narrar forman el verdadero retrato del augusto Pontífice que hoy dirige el timon de la nave de la Iglesia. La verdadera bondad debe extenderse hasta la infancia, y en esto los pastores deben imitar al Salvador que dijo con la mayor ternura: *Sinite parvulos venire ad me.* (Dejad á los niños venir á mí). Esta bondad resplandece en alto grado, como hemos visto, en Pio IX. El episodio del niño que llora á las puertas del Quirinal porque su padre se halla preso por deudas; el que le dirige la carta para hacerle saber el triste estado en que se encuentra su madre viuda y desamparada; el del otro niño que, saliéndole al encuentro, le pregunta si es el Papa y se lamenta de que no tiene padre, demuestran suficientemente el amor que profesa á la infancia.

La caridad, la misericordia y la compasion, atributos que tanto se vieron resplandecer en JESUCRISTO, deben encontrarse antes que todos los otros en los pastores, que son sus representantes sobre la tierra. Marcados los hemos visto en nuestro venerable Pontífice en el episodio de la jóven que vendió la cruz de oro para remediar las necesidades de su madre, en la escena del peregrino del convento de la *Trinidad*, en la del pobre judío conducido á su morada en la propia carroza del Papa, la compasion de este delante del soldado que le presenta el mal pan distribuido en el cuartel, y en las demás que dejamos referidos, y otros muchos de los que los romanos tienen conocimiento. ¡Su compasion y su misericordia se extiende á todos los miserables! Nun-

(1) Artaud de Montor: *Historia de Pio IX.*

ca sus oídos se hallan sordos á los lamentos de la indigencia. Nunca su corazón es insensible al dolor, ni su mano se halla cerrada para socorrer.

Á propósito de esto, hé aquí lo que escribían dos ilustres viajeros, que se encontraban en Roma en 1846 y 47, segun referencia en un autor (1). «Yo no seré mas que el eco de la voz pública, dice el primero, afirmando que el Papa es aquí adorado hasta un grado nunca visto.»

«No puede darse una idea, añade el segundo, de la emoción del pueblo, de la alegría que brilla en todos los semblantes cuando se ve aparecer al Papa.

«¡Cada día le hacen ver nuevas señales de amor, y nuevas protestas! Frecuentemente, corporaciones enteras se reúnen bajo sus ventanas, suplicando su bendición por medio de aclamaciones llenas de sentimientos los mas vivos.

«No sale una sola vez de su palacio, sin que el pueblo le siga, gritando con el mayor entusiasmo: ¡Viva nuestro buen Papa Pro IX! ¡Viva el padre del pueblo! Otras veces le llaman *el hombre de la caridad*.

«Son muchos los que han pretendido el honor de defender al nuevo Pontífice y de hacer la guardia á su sagrada persona.»

En el mes de julio ó agosto de 1846, cuando todavía Pro IX habitaba en el Quirinal, un labrador se presentó á las puertas del palacio y pidió con las mas vivas instancias ver al Papa. Respondiéronle que era imposible; que el Papa no recibía á nadie en aquel momento, y que por lo tanto debía renunciar á su proyecto.

—A pesar de todo, respondió el hombre, yo quiero ver al Papa y hablarle; y si es menester esperarle hasta mañana, pasaré la noche delante de la puerta.

Habiendo sido informado Pro IX de la insistencia de la petición de aquel hombre, ordenó que le dejasen libre la entrada. ¡Cuál no sería la sorpresa del Santo Padre al reconocer en aquel hombre á su hermano de leche! Acogióle amistosamente, y despues de haberle pedido noticias acerca de su madre, nodriza del Papa, creyendo que la necesidad sería la causa de su visita, le preguntó sobre ello.

—Santo Padre, dijo el aldeano, á mí no me falta nada: he venido tan solamente por el placer de veros, y para velar por los días de Vuestra Santidad.

—Pero, hijo mio, le replicó sonriendo el Papa, yo tengo suficientes guardias.

—Entonces, replicó el aldeano, dadme algun empleo, pues quiero estar á vuestro servicio, para tener el consuelo de veros.

El Papa le dió un empleo; pero permaneció en él pocos días.

—Yo no puedo veros en el empleo que me habeis dado, fué á decir al Papa; y al mismo tiempo le manifestó sus deseos de trabajar en los jardines.

—Bien: allí al menos, dijo el aldeano, tendré facilidad en veros diariamente.

No hay que decir que el Papa accedió á la demanda de aquel hombre, fundada en el amor que profesaba á su sagrada persona.

Tan dulce y misericordioso para perdonar, para amparar y proteger como hemos visto es Pro IX, es al mismo tiempo severo y firme para defender los intereses de la Iglesia y los derechos de la Santa Sede. Sabe que debe velar en el tabernáculo del Señor, y cumple este su ministerio con la mayor exactitud. Es, pues, de admirar como se hallan unidas en él estas dos hermosas cualidades, el vigor y la dulzura. Un obispo francés que había estado en Roma, al

(1) Mr. L'abbé V. Dumax: *Récit anecdotique sur Pie IX.*

regresar á su país no tuvo reparo en afirmar que el Papa se mostraba favorable á las ideas galicanas que, como se sabe, son atentatorias á los derechos de la Silla apostólica. Pro IX, que ni como Rey ni como Pontífice abandonó un solo momento el depósito sagrado que la Providencia le ha confiado, aprovechó el momento mas solemne para desmentir aquella afirmación, y lamentarse de que una persona constituida en dignidad eclesiástica hubiese cometido tal ligereza. Á esta persona aludía en el párrafo tercero de la encíclica que hemos insertado en la página 190. «Léjos de Nos el haber abrigado ni por un momento siquiera la idea de apartarnos en lo mas mínimo de las doctrinas de «nuestros mayores, ó de abstenernos de conservar ilesos y de defender los derechos y autoridad de esta Santa Sede.» Y añade, «que tiene en grande aprecio y estima las particulares tradiciones, pero solo aquellas que no se separan del sentir de la Iglesia católica.» De esta manera, y en un documento que había de ser leído en todas las naciones, hace callar á los que hubiesen podido dar asenso á la afirmación del prelado francés, y hubiesen por lo tanto podido abrigar la menor sospecha.

Creemos haber dicho lo suficiente para dar á conocer la bondad, generosidad y grandeza de alma del santo Pontífice que en tiempos tan calamitosos ocupa la silla de san Pedro.